

raba la contestación tan pronto : tomad su carta. Me he visto también con el mayordomo del señor marqués de Harville, como éste lo había pedido, para arreglar los gastos de la escritura que el otro día llevé á su palacio para la firma.

— Ya le habréis dicho que no corría prisa...

— Por supuesto, más el mayordomo ha querido pagar y traigo el dinero.

— He subido esta tarjeta que le ha dado al portero un señor, que con lápiz ha escrito en ella algunas palabras.

— *Gualtero Murph*, leyó el pasante, y más abajo : *volverá á las tres para asuntos de importancia*. No conozco este nombre.

— Olvidaba deciros, repuso Chalamel, que Mr. Badinot dice que está corriendo, que Mr. Ferrán haga lo que le parezca que siempre será lo mejor.

— ¿ No ha dado contestación por escrito ?

— No, señor, me ha dicho que no tenía tiempo.

— Está bien.

— También vendrá para hablar con el amo Mr. Carlos Robert, el cual parece que ayer tuvo un desafío con el señor duque de Lucenay

— ¿ Está herido ?

— No lo creo, pues en su casa me lo hubieran dicho.

— ¡ Hola ! parece que se ha parado un caruaje.

— ¡ Qué caballos tan hermosos

— ¡ Y ese cochero inglés con peluca blanca y librea oscura, con galones de plata y charreteras como un coronel !

— Probablemente algún embajador.

— ¡ Pues y el lacayo ! ¡ lleva poca plata encima !

— ¡ Y qué bigotazos !

— ¡ Toma ! dijo Chalamel, ¡ si es el coche del señor vizconde !

Á pocos momentos entró en el estudio el señor de Saint-Remy.

XV

EL VIZCONDE DE SAINT-REMY

Ya conoce el lector la exquisita elegancia y el aspecto simpático del vizconde de Saint-Remy, recientemente llegado de la quinta de Harnouville, propia de la duquesa de Lucenay, en la cual se refugió huyendo de la persecución de los alguaciles del tribunal de comercio. Entró de repente en el estudio con el sombrero puesto, con aire altanero y con los ojos medio cerrados, preguntando en tono amenazador, insultante, y sin mirar á nadie : ¿ en dónde está ese notario ?

— Mr. Ferrán, dijo el decano de los pasantes, trabaja en su gabinete, y si tenéis la bondad de esperar un momento, podréis verle.

— ¡ Cómo esperar !

— Pero...

— Aquí no hay pero, señor mío : id á decirle que está aquí el conde de Saint-Remy. ¡ Es muy extraño que el tal notario me haga hacer antesala ! ¡ Uf ! esta estufa apesta.

— Tened la bondad de pasar á esa otra pieza, y avisaré á Mr. Ferrán. El vizconde muy enojado siguió al pasante. Al cabo de un cuarto de hora que le pareció eterno y que convirtió su fastidio en cólera, fué introducido en el gabinete del notario. Difícil era ver algo tan curioso como el contraste de estos dos hombres, grandes fisonomistas ambos, y generalmente acostumbrados á juzgar al primer golpe de vista á las personas con quienes tenían algún negocio. Saint-Remy veía por primera vez á Ferrán, y no pudo menos de admirarle aquel rostro pálido, impassible, la mirada que descubría á través de los enormes anteojos verdes, y aquella frente cubierta con el característico gorro de seda negro. Estaba el notario arrellanado enfrente de su escritorio en una poltrona de cuero y al lado de una chimenea apagada, llena de ceniza, y en donde humeaban dos negros tizones. Cortinillas de percal verde, muy rotas y colgadas de dos alambres, ocultaban los cristales inferiores de las ventanas, arrojando al gabinete ya sombrío, un reflejo pálido y triste. En aquel laboratorio de Mr. Ferrán, había varios estantes de madera negra llenos de cartones rotulados; pocas sillas de madera de cerezo cubiertas de terciopelo amarillo y un reloj de caja; el enladrillado era amarillo y húmedo, y el cielo raso rasgado y cubierto de telarañas. Aun no había dado el vizconde dos pasos dentro de la estancia ni dicho una palabra, cuando el notario que sólo le conocía por la reputación, le odiaba ya con toda el alma. Desde luego veía en él un rival en bellaquerías. Por otra parte Mr. Ferrán á fuer de hombre de las inclinaciones que ya conocemos, detestaba en los demás la elegancia, la gracia y la juventud, en especial cuando estas circunstancias iban acompañadas con un aire de grandísima insolencia. Por lo general el notario hacía ostentación de sequedad y hasta de grosería con sus clientes, que le estimaban todavía más en razón de sus bruscos modales, y esta vez se propuso ser con Mr. de Saint-Remy la descortesía misma. Tampoco el joven conocía á Mr. Ferrán sino de oídas, y esperaba encontrar en él á una especie de mentecato bonazo ó ridículo, puesto que el vizconde siempre se representaba con exterior casi cándido á los hombres de probidad proverbial, de los cuales según se decía era Ferrán un perfecto tipo. La fisonomía y el talante del notario causaban en el vizconde una repugnancia indefinible, entre temor y odio, por más que no tuviese razón alguna para lo uno ni para lo otro. Por esta causa y consecuente con su carácter resuelto Mr. de Saint-

Remy exageró todavía su insolencia y fatuidad acostumbradas. El notario no se quitó el gorro, ni el sombrero el vizconde, el cual con voz alta gritó desde la puerta: ¡Es cosa bien rara, señor mío, que me incomodéis baciéndome venir aquí, en vez de enviar á mi casa á buscar el dinero de esos papeles que firmé á Badinot, y por los cuales me persigue ese grandísimo tuno! Es cierto que, según decís, tenéis que comunicarme otra cosa importantante; pero esto no es razón para que me hagáis esperar un cuarto de hora en la antesala: ¡cosa es esta muy descortés, señor mío!

Mr. Ferrán, oyó esto con la mayor impasibilidad, acabó un cálculo que estaba haciendo, enjugó metódicamente la pluma con la esponja empapada en agua que circuía su tintero de loza muy desportillado y levantó hacia el vizconde su cara glacial, térrea y roma, siempre adornada con los anteojos. No parecía sino una calavera cuyas órbitas hubieran sido reemplazadas por anchas pupilas fijas y de color verdoso. Después de examinarlo un momento en silencio, le dijo con voz agria y seca: ¿En dónde está el dinero? Esta frescura exasperó á Mr. de Saint-Remy. ¡Cómo! ¡el idolo de las mujeres, envidia de los hombres, tipo de las gentes de mejor tono de París, y retador temido, no causar impresión en el ánimo de un notario! Esto era terrible. Aunque estaba solo con Jaime Ferrán, su orgullo no pudo menos de resentirse. ¿En dónde están los papeles? preguntó también secamente. Con la punta de los dedos duros como el hierro y cubiertos de vello rojo, tocó el notario sin contestar palabra una ancha cartera de cuero que al lado tenía. El vizconde resuelto á ser tan lacónico como él, pero rugiendo de ira, arrancó de la faltriquera de la levita una linda cartera de piel de Rusia cerrada con broches de oro, sacó de ella cuarenta billetes de mil francos, y se los enseñó al notario.

— ¿Cuánto? preguntó éste. — Cuarenta mil francos.

— Vengan.

— Tomad y acabemos, dijo el vizconde arrojando sobre la mesa el paquete de billetes de banco. Cogiólos el notario, levantóse, los examinó uno á uno delante de la ventana, volviéndolos de arriba abajo, y del derecho al revés, con un esmero tan escrupuloso y tan insultante para el vizconde, que éste fué perdiendo el color de pura rabia. Como si el notario adivinase lo que éste pensaba, meneó la cabeza, se volvió un poco hacia él y le dijo con acento indefinible: Ya está visto...

— ¿Qué es lo que se ha visto? preguntó secamente el vizconde.

— Billetes de banco falsos, falsos, respondió el notario continuando el minucioso examen de los que en la mano tenía.

— ¿Y por qué me hacéis á mi esta observación, caballero? Detúvose Ferrán un momento, miró de hito en hito al vizconde al través de los anteojos, y olvidó á examinar los billetes sin decir una palabra.

— ¡Vive Dios! señor notario, que cuando yo pregunto se me contesta, gritó Saint-Remy exasperado ya por tanta flema.

— Estos son buenos, dijo el notario volviéndose al escritorio en donde tomó un



Los examinó uno á uno delante de la ventana.

ho de papeles timbrados, á los cuales estaban unidas dos letras de cambio; puso en seguida uno de los billetes de mil francos, y tres papeles con cien francos en dinero cada uno encima del legajo, é indicando á Sain-Remy con la

punta del dedo el dinero y los papeles, le dijo : He aquí el resto de los cuarenta mil francos, puesto que mi cliente me ha encargado que cobrase los gastos.

Grandes esfuerzos hubo de hacer el vizconde para contenerse mientras que Ferrán arreglaba las cuentas; mas cuando las hubo acabado en vez de responderle y de coger el dinero, gritó con voz colérica : Os pregunto, caballero, por qué al examinar los billetes que os he entregado habéis dicho que se han visto algunos falsos.

— ¿Por qué?

— Sí, sí, ¿por qué?

— Porque... os he llamado aquí por un asunto de falsificación; y al decir esto el notario asestó los ojos al vizconde.

— ¿Y qué tengo yo que ver con ese negocio de falsificación? — Después de un momento de silencio, Ferrán dijo al vizconde con aire triste y severo : ¿Tenéis en cuenta, caballero, las funciones que desempeña un notario?

— Esa cuenta y esas funciones son muy sencillas : hace un momento que yo tenía cuarenta mil francos, y me quedan mil trescientos.

— Estáis de buen humor, caballero. Sabed que un notario es para los asuntos temporales, lo que un confesor para los espirituales; así es que por razón de su estado muchas veces sabe secretos innobles.

— ¿Y qué?

— Muchas veces se ve en la precisión de hablar con bribones.

— ¿Y qué?

— En cuanto esté en su mano debe impedir que un nombre ilustre se envilezca.

— ¿Pero qué tengo yo que ver con todo eso?

— Vuestro padre os dejó un apellido respetado, y vos le deshonráis.

— ¿Qué es lo que os atrevéis á decir?

— Á no mediar el interés que ese apellido inspira á todos los hombres de bien, en vez de ser citado aquí, ante mí, lo hubierais sido ante el juez competente.

— No os comprendo.

— Hace dos meses que cobrasteis por la mediación de un agente de negocios una letra de cincuenta y ocho mil francos firmada por la casa de Meulaert y compañía de Hamburgo á favor de un tal Guillermo Smith, pagadera á veinte días en casa de Mr. Grimaldi banquero en París.

— ¿Y qué?

— Que esa letra es falsa.

— ¿Cómo falsa?

— Es falsa; pues la casa de Meulaert nunca ha estado en relaciones con Guillermo Smith, ni le conoce siquiera.

— ¿Es posible? exclamó Saint-Remy con tanta indignación como sorpresa; entonces, caballero, he sido engañado de un modo horrible, porque recibí esa letra como dinero contante.

— ¿De quién?

— Del mismo Mr. Guillermo Smith; pues la casa de Meulaert es tan conocida, y yo estaba tan seguro de la probidad de Mr. Smith que acepté esa letra en pago de una suma que me debía.

— Guillermo Smith no ha existido nunca : es un personaje imaginario.

— ¡Caballero; vos me insultáis.

— Su firma es falsa y supuesta, como todo lo demás.

— Os aseguro que Mr. Smith existe, y sin duda yo he sido víctima de un horrible abuso de confianza.

— ¡Pobre joven!

— Explicaos.

— Está dicho en cuatro palabras : el actual tenedor de la letra está convencido de que sois un falsario.

— ¡Caballero!

— Asegura que os lo probará. Antes de ayer vino á pedirme que os llamase á mi casa, y os propusiera devolveros esa letra mediante una transacción. Hasta aquí se conducía con mucha lealtad; mas ahora separándose de ese principio, exige que hoy mismo le entreguéis 100000 francos, so pena de presentar mañana la letra falsa ante el tribunal competente.

— Esto es una infamia.

— Y un absurdo. Vos estáis arruinado, y os perseguían por la suma que acabáis de pagarme, gracias á no sé qué recurso. Así mismo se lo he dicho al portador de la letra; pero me ha contestado que una señora de alta clase y muy rica os sacaría del atolladero.

— Basta, caballero, basta.

— Sí, sí, convengo en que es otra infamia, y otro absurdo.

— Pero al fin ¿qué es lo que quieren?

— Beneficiar indignamente una acción indigna. He consentido en haceros esta proposición afeándola, como debe afearla un hombre honrado. Ahora es asunto vuestro : si sois culpable, elegid entre un tribunal y esa exorbitante exigencia, con el bien entendido de que yo no me mezclaré en este feo negocio. El portador de la letra se llama Mr. Petit-Jean que es un negociante en aceite y vino en la margen del Sena, malecón de Billy, núm. 10; arreglaos con él, pues si sois un falsario como él asegura, seréis tal para cual.

El vizconde había entrado en casa de Ferrán con aire insolente y cabeza erguida; pues si bien podía echarse en cara algunas acciones vergonzosas, conservaba cierto orgullo de familia y un valor natural que no se desmintió nunca;

así es que al principio de aquella conversación, considerando al notario como un enemigo indigno de él, se había contentado con bromearse; pero apenas Ferrán habló de falsificación, cuando el vizconde se sintió aniquilado. Á no ser el absoluto dominio que sobre sí tenía, no hubiera podido ocultar el terrible efecto de esta revelación inesperada, muy capaz de atraerle consecuencias incalculables, que el notario ni siquiera sospechaba. Después de un momento de silencio, á despecho de su orgullo, de su irritabilidad y de su jactancioso alarde de valor, se resignó á suplicar á ese hombre grosero, que sin miramiento alguno le hablaba el austero lenguaje de la probidad, y en tono cordial le dijo: Caballero, me dais una prueba de interés que os agradezco, y siento el modo con que os he hablado al principio.

— Yo no me intereso absolutamente por vos; pero vuestro padre era el honor personificado, y habría sentido ver su apellido en una causa criminal.

— Os repito, caballero, que soy incapaz de la infamia de que se me acusa.

— Eso se lo diréis á Mr. Petit-Jean.

— Confieso que la ausencia de Mr. Smith, que tan indignamente abusó de mi buena fe...

— ¡ Es un infame ese Smith!

— La ausencia de Mr. Smith me pone en un apuro cruel: soy inocente y lo justificaré si me atacan; pero una acusación de esa especie siempre perjudica á un hombre de mi clase.

— Si; ¿y qué?

— Tened la generosidad de emplear la suma que acabo de entregaros para satisfacer en parte al portador de la letra.

— Este dinero pertenece á mi cliente y es sagrado.

— Os lo devolveré dentro de dos ó tres días.

— No podréis.

— Tengo recursos.

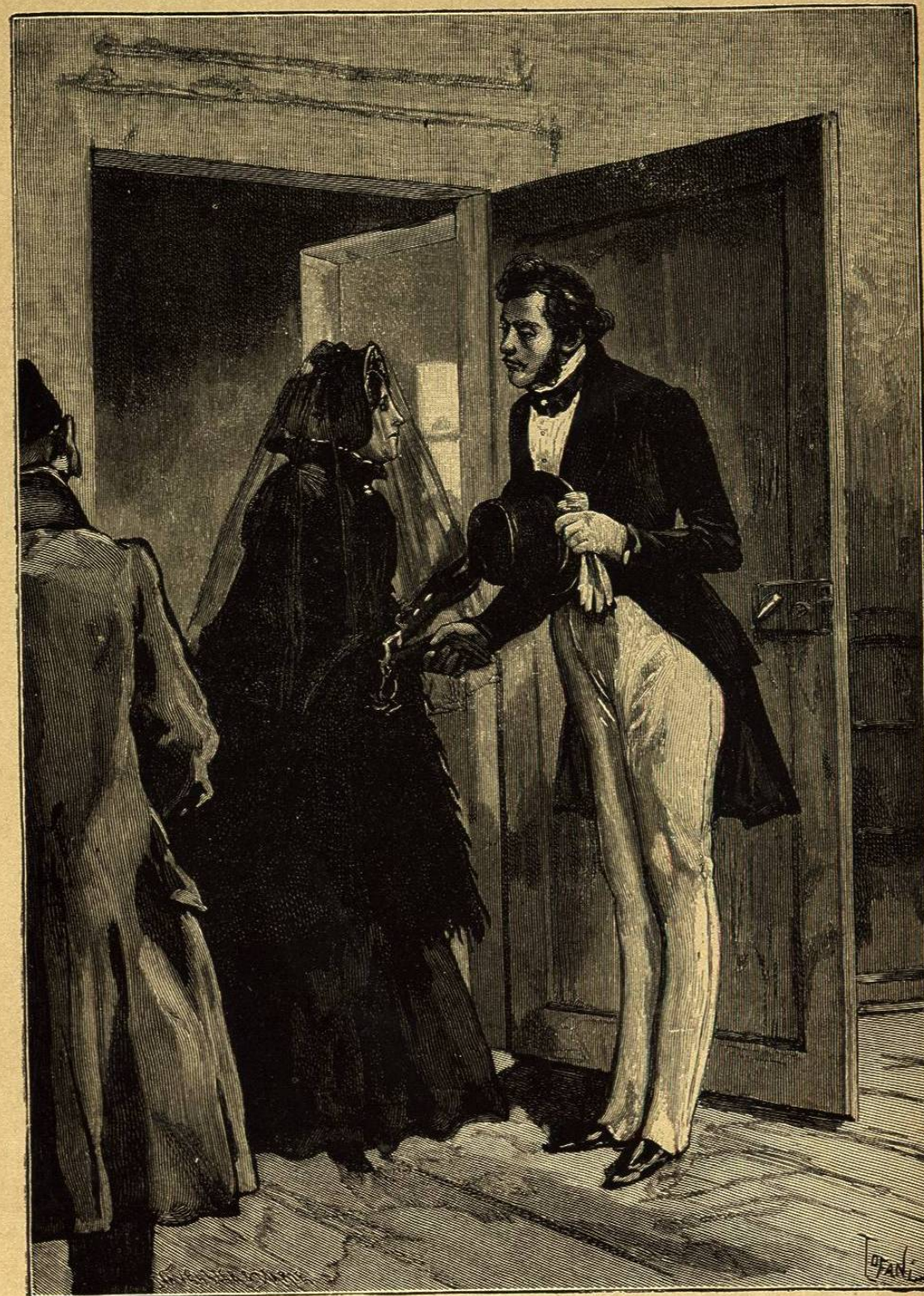
— Ninguno... á lo menos legítimo. Vos decís que ni los muebles ni los caballos que tenéis en casa son ya vuestros, lo cual me parece una trampa indigna.

— Sois muy cruel, caballero. Dando por cierto lo dicho, ¿ creéis que en tan grande apuro no realizaré yo todo ese capital? Hasta mañana á mediodía es imposible que reúna cien mil francos, y por esto os ruego que con el dinero que os he entregado retiréis esa malhadada letra, ó bien que vos, pues sois tan rico, me adelantéis esa suma. ¿ Podriais dejarme en posición tan terrible?

— ¿ Yo responder de cien mil francos por vos? Sin duda habéis perdido el juicio.

— Os lo ruego en nombre de mi padre, de quien me habéis hablado. Sed bastante generoso para...

— Yo soy bueno con aquellos que lo merecen, dijo con aspereza al notario; á



Buenos días Mr. de Saint-Remy, le dijo la condesa.